

Había una vez un chico que vivía con su papá, con su mamá y con su adorable perrito. Este chico estaba seguro que era especial; sus padres siempre se lo habían dicho. Era por ello que pasaba sus días emocionado. Ya quería ir a la escuela y conocer a todos aquellos a los que llamaría amigos. ¿Serán tan especiales como yo?, se preguntaba. Desde que el supo que era especial, único e irremplazable, pensó que todos los niños del mundo debían ser así. Cuanta gente diferente y cuantas personas especiales. Y claro, cuando los niños crecen se vuelven adultos, pero se vuelven más especiales aún. Los adultos saben mucho, y entre más sepas, más cosas especiales puedes encontrar. Todo indicaba que el mundo allá afuera era hermoso, diferente y emocionante. El chico no podía esperar a conocerlo todo.

Llegó el día en que el chico iría por primera vez a la escuela. Su mamá lo llevó de la mano al gran edificio donde vio a todos los niños entrar. El niño vio un paisaje que le fascinó y lo dejó sin palabras. Ahí iban niños más altos que él, niños más bajos que él, niños más oscuros, niños más claros, niñas con cabello largo y niñas con cabello corto. Pero él sabía que no era eso lo que los hacía completamente especiales. Tenía que conocerlos.

A la hora del receso el chico trató de hablar con todos y cada uno de ellos. Siempre les decía su nombre, y luego les preguntaba que era lo más especial que ellos tenían. Unos respondían que eran especiales por el lonche tan rico que traían, otros decían que era por como su mamá les había acomodado el cabello, otros decían que por lo rápido que podían correr, y otros decían que porque podían hacer dibujos muy lindos. El chico no cabía dentro de su felicidad después de escuchar todo esto y se hizo rápido de amigos. Celebraba todo lo que sus nuevos amigos podían hacer y comenzó a jugar cuando, vio a uno de los niños parado en la esquina del patio, viendo a todos lados tímidamente y arrugando su suéter. Nunca había visto a un niño con una piel tan oscura y bonita y eso obtuvo el interés del chico. Se le acercó corriendo y casi le grita “¡Que bonita piel tienes!”. El niño solo lo miró con una cara asustada y se alejó un poco, pero el chico lo siguió y le dijo su nombre. Le preguntó que era lo que lo hacía especial y recibió una respuesta que no esperaba. Este niño respondió en una voz baja pero el chico supo que era un idioma diferente. ¿Cuántas personas son tan especiales para responder en un idioma diferente? El chico emocionado jaló al niño de la mano y lo llevó con sus demás amigos. Los demás le dieron una mirada seria. “El no sabe hablar español.”, dijo una niña que observaba su color de piel. “Además no tiene papa.”, agregó otro. El chico no comprendía

porque había cambiado la actitud de sus nuevos amigos. ¿Acaso no podían ver que este niño era especial como todos? Los niños se fueron al ver que el chico no quería separarse de su nuevo amigo. Por primera vez dentro de mucho tiempo, se sintió triste y empezaron a formarse lagrimas en sus ojos. Pero el otro niño lo tomó de la mano y le sonrió. Eso fue suficiente para que el recordara lo que sus padres le dijeron. Soy un chico especial. Y mi nuevo amigo también. Si tan solo los demás niños pudieran darse cuenta.